

mediante tratos y convenios le asistieron con una hueste de nueve mil cristianos, que Mohammed incorporó á treinta mil musulmanes de las provincias de Valencia, Murcia y Toledo. A la cabeza de los catalanes venian los dos valerosos condes Ramon y Armengol, y en las primeras filas ondeaban las banderas de los obispos de Barcelona, Gerona y Vich, que personalmente quisieron compartir con sus compatriotas los peligros de aquella guerra. Por primera vez los estandartes de Cataluña reflejaron en las aguas del Guadalquivir. Los ejércitos de los dos rivales mahometanos, Suleiman y Mohammed se hallaron frente á frente en los campos llamados de Akbatalbacar (la colina de los Bueyes). Lanzáronse impetuosamente los berberiscos sobre las huestes aun no bien ordenadas de el Mahady, y hubieran sucumbido si las lanzas catalanas no hubieran inclinado la victoria en favor de Mohammed y regado los campos con sangre africana. El triunfo fué tan señalado, que el año 400 de los árabes (el 1010 de los cristianos), en cuyo estío se dió este famoso combate, quedó señalado en la historia árabe con el nombre de *el año de los Francos*, que así llamaban ellos á los catalanes. Pero tan insigne triunfo fué comprado con noble y preciosa sangre cristiana. Allí pereció el brioso conde Armengol de Urgel; allí sucumbieron los tres venerables prelados, á quienes tal vez un excesivo celo religioso hizo preferir al ejercicio pacífico de su mi-

nisterio la vida inquieta y peligrosa de la campaña <sup>(1)</sup>.

Quedáronle abiertas las puertas de Córdoba á Mohammed; y Suleiman, que debió echar muy de menos el socorro de los castellanos, retiróse hácia Algeciras con intento de reclamar auxilios de Africa, despues de haber saqueado sus soldados el espléndido palacio de Zahara, lleváronse las joyas y suntuosas colgaduras, las lámparas de oro y plata del alcázar y de la mezquita, y destruido con bárbara y salvaje mano una gran parte de los libros de su magnífica biblioteca; que así comenzó la deliciosa mansion del magnífico Abderrahman á ser destruida por los vándalos africanos. Salió Mohammed de Córdoba en persecucion de los fugitivos y dióles alcance en los campos del Guadiaro. Pero alumbróle en este encuentro infausta estrella: arremetieron su hueste los berberiscos con impetuosa furia, y hubo de retirarse á Córdoba en desórden. Dedicóse á fortificar la ciudad, pero bullian ya, así en la capital como en toda la España musulímica, las parcialidades y los bandos. El slavo Wahda que tenía guardado al califa servíase del secreto de su depósito como de un talisman para conservar su influencia y dársela á los slavos sus compa-

(1) Roder. Tolet. Ibid.—Conde, cap. 106.—Segun algunos, el conde Armengol no murió en esta batalla, sino en la de Guadiaro, y segun otros despues de haber saqueado de Córdoba á consecuencia acaso de las heridas recibidas en ella. Conde se contradice en dos páginas no muy distantes. De todos modos es cierto que murió en esta expedicion.



tricios, que de este modo dominaban á Mohammed. Hubiera éste querido conservar los auxiliares catalanes, pero siniestros rumores que corrieron acerca de atentados que contra ellos se proyectaban, movieron al conde Ramon Borrell á volverse á Barcelona á pesar de las protestas del califa. Invocó Mohammed el apoyo de los walfes de Mérida, de Zaragoza y de los alcaldes de la frontera, y escusáronse todos bajo diferentes pretextos; y era que cada cual no pensaba ya sino en apropiarse algun despojo de un imperio que veían desmoronarse. Inquietábanle los africanos con incesantes algaras; á las calamidades de la guerra civil se agregaron las de una epidemia: faltaban en Córdoba las provisiones; todo el que podía abandonaba la ciudad y sus mismas tropas se le desertaban para ir á incorporarse á los africanos. La situación de Mohammed era desesperada y no sabia qué partido tomar.

Tomóle por él el astuto Wahda. De improviso y de su propia cuenta sacó de la prision al desventurado califa Hixem á quien todos creían muerto, y le presentó al pueblo en la maksura ó tribuna de la grande aljama. Entusiasmado el pueblo con tan inesperada novedad, se agolpó á la mezquita, y saludó con aclamaciones de júbilo al resucitado califa (junio de 1012), no viendo ya en el príncipe imbécil sino al legítimo soberano de una dinastía á quien amaba entrañablemente. Asustado Mohammed con los gritos de alegría que oía resonar por todas partes, ocultóse

en una de las piezas mas apartadas de su alcázar: descubrióle un slavo y le presentó al califa, que con una energía desacostumbrada: «Ahora probarás, le dijo, el fruto amargo de tu desmesurada ambicion.» Y en el acto le hizo cortar la cabeza, que un vazzir paseó á caballo en la punta de su lanza por toda la ciudad: su cuerpo fué desgarrado y hecho piezas en la plaza pública, y la cabeza enviada al campo de Suleiman como para que sirviese de leccion y de escarmiento al caudillo africano. Mas el uso que de ella hizo Suleiman fué embalsamarla y hacerla conducir con diez mil miteales de oro al walí de Toledo Obeidallah, el hijo de Mohammed, que se preparaba á vengar á su padre, con el mensaje siguiente: «Ahí «va la cabeza de tu padre Mohammed: así recompensa el emir Hixem á los que le sirven y le restituyen «el imperio: guárdate de caer en manos de este ingrato y cruel tirano: si buscas seguridad y venganza, Suleiman será tu compañero.»

La carta y el presente surtieron el efecto que se apetecia. Obeidallah, antes rival y enemigo de Suleiman, se unió á él para combatir juntos al verdugo de su padre, y con este fin habia salido ya de Toledo. Súpolo el slavo Wahda y partió de Córdoba con un cuerpo escogido de caballería en direccion de aquella ciudad. Conocedor de la importancia y del valor del auxilio de los cristianos, le solicitó del conde Sancho de Castilla haciéndole ventajosas proposiciones. Pero



habíasele anticipado ya Suleiman, y Sancho le contestó: «Seis fortalezas me ofrece ya Suleiman; si Wahda me promete por lo menos otras tantas, preferiré emplear mis armas en favor del califa Hixem.» Duélenos ver á un soberano de Castilla adjudicar su poderosa espada y disponer de los brazos castellanos en favor del mejor postor de entre los competidores musulmanes, pero así era por desgracia (1). Wahda hizo su puja, y Sancho se decidió por él, y con ayuda de los cristianos se apoderó fácilmente de Toledo. Volvió el jóven Obeidallah contra el enemigo, pero batido en Maqueda por musulmanes y cristianos, desbaratada su hueste y hecho prisionero él y sus principales oficiales fué enviado á Córdoba, donde el califa Hixem, convertido despues de su resurreccion de imbécil y mentecato en déspota terrible, como si realmente hubiera renacido con otra naturaleza, hízole dar una muerte tan cruel como la de su padre, y su cuerpo decapitado y mutilado fué arrojado al rio (1013). Dejó Wahda el gobierno de Toledo al poderoso y noble jeque Abu Ismail Dilnúm, y despues de haber entregado á los cristianos algunas de las fortalezas contratadas y despedídoslos con grandes dádivas y promesas (2), tomó la vuelta de Córdoba. Premióle larga-

(1) El arzobispo don Rodrigo, Hist. Arab. c. 37.

(2) De las siete fortalezas prometidas solo se mencionan como entregadas cuatro, San Esteban,

Coruña del Conde, Osma y Gormaz, «y algunas otras casas en Extremadura.» Chron. Burgens. Annal. Complut. y Compostel.

mente el califa Hixem, y dió á sus slavos y alamerés á título de perpetuidad las alcaldías y tenencias de Murcia, Cartagena, Alicante, Almería, Denia, Játiva y otras; costumbre y manera de premiar imprudentemente introducida por Almanzor, y principio y fundamento de los reinos independientes que no habian de tardar en nacer (3).

(1) La relacion de los sucesos de estas guerras, que hemos tomado de los autores árabes de Conde y de los historiadores latinos españoles, difiere en muchos incidentes de la que hace el señor Dozy con arreglo á otras historias arábicas que él ha consultado. (*Recherches sur l'Histoire, etc.* T. I. desde la pág. 238 hasta la 268).

El autor de esta obra, titulada: *Recherches sur l'Histoire politique et litteraire de l'Espagne pendant le moyen age*, comenzada á publicar en Leyden en 1849, se muestra en ella profundamente versado en la historia de la dominacion de los árabes en España y gran conocedor de los autores arábicos, cuyas palabras textuales cita, copia y coteja con frecuencia en sus propios caractéres, al mismo tiempo que manifiesta no serle extraño lo que en otras lenguas se ha escrito antigua y modernamente así en España como en otros países, por lo menos en lo relativo al oscuro periodo que se propone examinar. Escudriñador é investigador minucioso, pero crítico severo, duro, inexorable, confesamos que no han podido menos de introducir en nuestro ánimo zozobra, confusion y desconfianza las atrevidas proposiciones que con aire de infalible magisterio sienta en el brevisimo prólogo en

forma de epístola de su obra y en el discurso de toda ella. El señor Dozy con un rigor desapiedadado parece haberse propuesto dar al traste con todas las ilusiones de los que creiamos que despues de las publicaciones de Casiri, de Conde, de Gayangos y de otros orientalistas nacionales y extranjeros, podiamos ya saber algo de la historia de los árabes españoles. El señor Dozy tiene la crueldad de decirnos que no sabemos nada, porque estos escritores no lo sabian ellos mismos. Copiaremos algunas palabras de su prólogo.

De Casiri dice, que «sus extractos dejan mucho que desear en punto á exactitud; que no estaba suficientemente familiarizado con la materia que intentaba esclarecer, y que por otra parte no se distingue por un juicio sólido y claro.»—Es, sin embargo, á quien trata con mas compasion y con menos dureza.—«Conde (dice) trabajó sobre documentos árabes sin conocer mucho mas de esta lengua que los caractéres en que se escribe; pero supliendo con una imaginacion en extremo fecunda la falta de los conocimientos mas elementales, con una impudencia sin ejemplo ha forjado fechas á centenares, inventado millares de hechos, haciendo siempre alarde de quien pretende traducir fiel-



La situación de Córdoba y de toda Andalucía estaba bien lejos de ser lisonjera. Quejábanse amargamente los nobles de la preferencia que Hixem y su

mente textos árabes.... Los historiadores modernos, sin sospechar que eran unos simples engañados por un falsario, han copiado muy cándidamente todas estas mentiras: algunos han dejado atrás á su mismo maestro combinando sus invenciones con los autores latinos y españoles á quienes de esta manera calumniaban.....» «En resumen (dice mas adelante), si contamos solo el libro de Conde, considerado siempre como el mas importante y el mas completo sobre la historia de la España árabe, el público de hoy, y hablo aqui de los literatos no orientalistas, no tiene mas medios para instruirse en esta historia que los que tenia el público para quien escribió Morales en el siglo XVI. Es peor todavía: los que han leído y estudiado á Conde, se hallan en la necesidad de hacer todo lo posible para salir de este abominable camino en que se los ha estraviado, de olvidar todo lo que habian aprendido..... Porque se deberá considerar de hoy mas el libro de Conde como si no existiera (*comme non avénu*)... etc.»

Con muy poca mas piedad trata al señor Gayangos, de quien dice desde luego que «su libro no ha reemplazado al de Conde.» Y nos sería fácil citar muchísimas páginas en que hace una crítica ácre y amarga de su traducción de Almakari, ya suponiendo que no ha entendido bien el original, ya notando omisiones esenciales ó adiciones que dice haber hecho el traductor de su cuenta, ya haciendo indicaciones no muy embozadas que parece tienden á demos-

trar que de parte de este ilustrado traductor ha habido algo mas que desuido ó mala inteligencia. No se podrá en verdad argüir al señor Dozy que indulgente en sus juicios.

De todo ello deduce, que «la historia de España en su edad media hay que rehacerla.» «Yo creo, añade, que se hará bien en abandonar la senda hasta ahora seguida. En lugar de hacer historia será mejor estudiar y publicar desde luego los textos.»

Véase si decíamos con razón que el señor Dozy con sus palabras y su obra habia introducido en nuestro ánimo confusión y desconfianza, por lo mismo que su erudición y los inmensos recursos literarios de que parece dispone no pueden menos de dar valor y peso á sus juicios. Dejamos, no obstante, á los orientalistas españoles y extranjeros (y en ellos comprendemos á todos los que hasta ahora han escrito de la historia de la España árabe) el cuidado de contestar á los gravísimos cargos que contra ellos envuelven sus dogmáticas y absolutas aserciones, y de demostrar (como esperamos y nos alegraremos de que lo hagan) que ni ellos han sido ó tan ignorantes ó tan falsarios, ni los que nos hemos valido de sus obras hemos sido tan cándidos y tan simples, ni acaso el señor Dozy sea tan infalible como él en sus arrogantes asertos supone.

Nosotros mismos, que no nos preciamos de orientalistas, lo haremos ver fácilmente. Pongamos un solo ejemplo. En la relación misma de los hechos, en que tanto corri-

ministro daban á los slavos y alameríes. Criticábanlos ágríamente por el suplicio de Obeidallah, que al fin habia sido hecho prisionero peleando contra cristianos. Ardía la capital en discordias y partidos, y Suleiman que con sus correrías no dejaba un momento de reposo al país y estaba informado del descontento de la población, traspuso á Sierra Morena, visitó y escribió á los walíes de Calatrava, Guadalajara, Medinaceli y Zaragoza, ofreciéndoles la posesión hereditaria de sus gobiernos y reconocerlos como soberanos feudatarios sin otra carga que un luego tributo, si le ayudaban á

ge á nuestros autores y que le hacen esclamar: «¡Así la pobre España no tendrá jamás una Historia! (pág. 256)» cuenta el crítico holandés que despues de la batalla de Akbatalhacar, Suleiman que se habia retirado hácia Zahara, «en una noche abandonó aquella mansión con sus berberiscos, y se retiró sobre Xátiva (pág. 243).» ¿Sabe bien el señor Dozy dónde está Xátiva? Pues está á nueve leguas de Valencia, y á mas de setenta ú ochenta de Córdoba y de donde estuvo Zahara, regular distancia para retirarse en una noche. Por lo menos los españoles no tenemos noticia de otra Xátiva que la Satabis de los romanos, la Xátiva de los árabes, San Felipe de Játiva hoy. Añade Dozy que Mohammed entró en Córdoba acompañado de los catalanes; que los berberiscos dejaron á Xátiva y avanzaron hasta Algeciras; que salió Mohammed de Córdoba en su busca, y se encontraron los dos ejércitos cerca del Guadiaro en las cercanías de Algeciras, donde se dió la segunda batalla: todo en el

espacio de cinco dias que mediaron de uno á otro combate (del 45 al 21 de junio), en cuyo tiempo, si Suleiman y sus berberiscos anduvieron de Zahara á Xátiva y de Xátiva á Algeciras, tuvieron que andar cosa de ciento sesenta leguas por lo menos. El señor Dozy enmienda (en la nota primera de dicha página) al arzobispo don Rodrigo que en lugar de Xátiva nombra *Citana*, y á Conde que la nombra *Citawa*. No conocemos hoy esta ciudad, pero tenemos esto por menos malo que hacer á Suleiman y á sus africanos ir donde ni podían ni debían ir, y andar lo que ni podían ni debían andar. Y no debe ser otra Xátiva que la que nosotros conocemos, puesto que el mismo Dozy, hablando del principado de Almería, nos dice, que «comprendía al N. E. las ciudades de Murcia, Orihuela y Xátiva (pág. 65).» De todos modos agradeceríamos al sábio orientalista holandés que con su infalibilidad nos disipara esta dificultad histórico-geográfica que nos ha ocurrido.



libertar á Córdoba del tirano protector de los slavos. Aceptaron ellos la proposicion y le asistieron con sus personas y sus banderas. Aproximóse con este re-fuerzo Suleiman á Córdoba, desolada simultáneamente por la peste, la miseria y los partidos. Huían otra vez las gentes de la ciudad, acosadas por la penuria. Desde Medina Zahara, donde Suleiman sentó sus reales, mantenía inteligencias con algunos nobles cordobeses por medio de los tráfugas que iban á su campo. En tal conflicto el ministro Wahda creyó oportuno escribir á los walfes edrisitas de Ceuta y Tanger pidiéndoles ayuda y haciéndoles grandes ofrecimientos, mas luego mudó de parecer y guardó las cartas. No faltó quien le denunciara al califa como uno de los que se correspondian secretamente con Suleiman. Fuese verdad ó calumnia, vióse el ministro Wahda preso por aquel mismo califa á quien él mismo habia tenido tanto tiempo aprisionado; hizosele capitulo de acusacion de aquellas cartas que se hallaron en su poder, escritas, segun muchos piensan, con acuerdo del califa y que nada revelaban menos que la inteligencia que se le suponía con Suleiman, y á pesar de todo, aquel Hixem que al cabo le era deudor de la vida y del trono, sin consideracion de ningun género condenó á muerte á su antiguo servidor; que parecia haberse propuesto aquel malhadado califa desquitarse en pocos dias á fuerza de crueldad inflexible de la orpe flaqueza de tantos años. Fué el desgraciado

Wahda reemplazado por el wali de Almería Hairan, slavo tambien, hombre distinguido por su valor y generosidad, por su benignidad y prudencia, y «el mas á propósito para salvar á Hixem si su fortuna no hubiese llegado ya al último plazo (1).»

Apretaba ya Suleiman el cerco de Córdoba, y Hairan se propuso cumplir con los deberes de hombre pundonoroso y de fiel magib. Pero de poco le sirvieron ni sus nobles propósitos ni sus heroicos esfuerzos, que no es posible, dice oportunamente el escritor arábigo, defender una ciudad que no quiere ser guardada, y en vano es sacrificarse por un pueblo que desea ser conquistado. Mientras él á la cabeza de sus slavos rechazaba vigorosamente los enemigos que atacaban una puerta, el populacho arrollaba la guardia de la ciudad que defendia otra, y la franqueaba á los africanos. Merced á la cooperacion de los de dentro, penetró Suleiman en la plaza: el combate fué horrible; inundáronse las calles de noble sangre árabe, porque los andaluces de pura raza árabe defendieron el alcázar del califa hasta no quedar uno con aliento, y entre cadáveres nobles cayó herido el generoso Hairan que los habia alentado á todos y fué tenido y contado por muerto. Apoderáronse al fin los africanos del alcázar y de todos los fuertes; por espacio de tres dias fué entregada la ciudad á un hor-

(1) Conde, cap. 108.—Roder. Tolet. c. 38.



roroso saqueo: muchos nobles jeques y cadíes, muchos sábios y hombres de letras fueron pasados al filo de los rudos alfanges africanos (1013). El valeroso Hairan era el que, tenido por muerto, respiraba todavía: á favor de la oscuridad de la noche y de la confusion del saqueo, habia podido refugiarse en casa de un pobre y honrado vecino, donde sin ser conocido se hizo la primera cura de sus heridas. Vivía Hairan, y le veremos todavía hacer un importante papel en la historia. Dueño Suleiman del alcázar y del califa, suplicáronle y le pidieron por la vida de este algunos de sus honrados servidores: «lo que hizo de él se ignora, dice la crónica árabe, pues nunca mas pareció ni vivo ni muerto, ni dejó sucesion sino de calamidades y discordias civiles.» Asi desapareció definitivamente el califa Hixem II., tan misteriosa y oscuramente como habia vivido (1).

Remuneró Suleiman á los walfes y caudillos sus auxiliares, reconociéndoles, conforme á lo ofrecido, la soberanía independiente de sus provincias, aunque con la condicion de asistirle en las guerras, especie de feudo que ya casi ninguno se prestó á cumplir, y cuya medida apresuró mas y mas el fraccionamiento y subdivision de pequeños principados en que vino pronto á caer el imperio. Al paso que protegía á sus africanos, perseguía y ahuyentaba á los alameríes y slavos (2). El

(1) Conde, *ibid.*

(2) Aun no hemos explicado lo que estos eran. Los árabes combatían á los judíos gran número

slavo Hairan, último ministro del califa, curado ya de sus heridas, logró escaparse de Córdoba y ganar á Almería, ciudad de su antiguo waliato. El wali puesto por Suleiman quiso impedirle la entrada, y aun se sostuvo en su alcázar por espacio de veinte dias, al cabo de los cuales, indignado contra él el pueblo, le arrojó por una ventana al mar con sus hijos. De Almería pasó Hairan á Africa, donde consiguió persuadir á Ali ben Hamud, wali de Ceuta, y á su hermano Alkasim, que lo era de Algeciras, que le ayudasen á lanzar de Córdoba al usurpador Suleiman y á reponer al legítimo soberano Hixem, á quien suponía vivo y encarcelado por Suleiman. Sirviéronle mucho al efecto las cartas cogidas al desgraciado Wahda, en las cuales el califa Ommiada ofrecía á Ali nombrarle su sucesor y heredero. Alentáronse con esto los hermanos Ben Hamud, y desembarcó Ali en Málaga con sus huestes de Ceuta y Tanger. Uniéronsele los alameríes, y diósele el mando general del ejército. Aporreado de Málaga, marchaba el ejército aliado hácia Córdoba cuando salió Suleiman á su encuentro. Vióse este obligado muy contra su voluntad á aceptar un combate general, en el cual llevó la peor parte y tu-

de esclavos germanos ó slavos, de los cuales unos eran eunucos y se servían de ellos en los harems, otros constituían parte de la guardia de los califas, y solían distinguirse en las batallas: todos llevaban el nombre genérico de slavos, y habian abrazado el islamismo: los príncipes los manumitían por servicios particulares, y muchos se habian hecho ricos propietarios, y llegaron á formar un partido poderoso opuesto al de los africanos berberiscos.